

del mayor Montero y de los prisioneros de San Nicolás. Con todo, no debemos olvidar que á esta época corresponden muchas muertes sombrías é inesperadas, cuya fecha la historia escribe con letras de sangre en el libro de las naciones.

Así desaparecieron dos jefes del campo, cuya influencia podia hacer sombra á Rosas, y por eso mismo se colocan en esta fecha las muertes de Arbotito y de Molina. Parécenos tambien que aconteció algo semejante á los dos cónsules que acompañaron á Octavio en la batalla de Accio.

Pintemos inmediatamente á Rosas, que no se nos presenta aun sino como dictador, pero llegado al mas alto grado de poder que jamás un hombre ha ejercido en una nacion.

Hácia 1833, ó en la época en que hemos entrado, Rosas cuenta treinta y nueve años: tiene el pelo castaño, la tez blanca, los ojos azules, y hermosas patillas cortadas al rededor de la boca. Nada de bigote ni perilla. Su mirada es bella; pero Rosas se habia acostumbrado á no mirar de frente á sus amigos ni á sus enemigos, porque sabe que en un amigo encuentra un enemigo disfrazado. Su voz es dulce, y cuando tiene necesidad de agradar, su conversacion no carece de atractivo. Su reputacion de hombre vil es proverbial, y su fama de astucia universal.

Rosas adora las burlas y mistificaciones. Tal era su conducta y su ocupacion antes que se dedicase á los asuntos graves. Una vez en el poder, todas estas cosas eran una distraccion para él.

Empero, sus distracciones eran brutales como su naturaleza; la astucia marcha á la par con la brutalidad.

Citemos uno ó dos ejemplos.

Cierto dia que debia cenar á solas con uno de sus amigos, ocultó el vino destinado para la cena, dejando en el bufete una botella de la famosa medicina *Leroy*, á cuya celebridad solo falta el que hubiera sido inventada en tiempo de Moliere. El amigo buscó vino y echó mano á la engañosa botella. La halló un gusto agradable y se la bebió toda durante la cena. Rosas, afectando sobriedad, no bebió mas que agua, y partió para su hacienda inmediatamente despues de levantarse de la mesa.

Durante la noche el amigo creyó que iba á reventar; pero Rosas reia á mas no poder de su burla. Si su amigo hubiera muerto, este hombre incalificable hubiese celebrado con mayores demostraciones su terrible crueldad.

Cuando recibia á algun ciudadano en cualquiera de sus haciendas, se complacia en hacerle montar los caballos que aun no estaban domados, y su ale-

gría era tanto mas grande cuanto mas peligrosa era la caída.

En el gobierno estaba siempre rodeado de locos y de hombres de su devocion, que no le dejaban ni aun en los momentos en que se trataban asuntos de suma gravedad. Cuando en 1829 sitiaba á Buenos Aires, tenia á su lado cuatro de estos diablos. Creia en los frailes, y en virtud de su autoridad privada se constituyó el guardian y el prior de ellos. Llamábalos fray Regica, fray Chaja, fray Lechuza y fray Biscacha. Además de estos bufones y locos, Rosas tenia pasion por los dulces, y así hacia siempre acopio de lo mejor que habia de este género en el viejo y nuevo mundo. Los confites agradaban tambien á los principales graciosos, á quienes, como acabamos de decir, llamaba frailes, y para contentarlos, su buen prior les regalaba con frecuencia numerosos potes. En estas ocasiones Rosas llamaba á toda su comunidad para recibir sus confesiones. Estos monjes de nuevo género sabian cuán caro les costaria el decir una mentira, y el culpable confesaba sus faltas sin rodeo.

Al instante el pecador era despojado de su traje y azotado por sus tres compañeros.

Todos los habitantes de Buenos Aires conocian á su mulato Eusebio, sobre todo cuando cierto dia de

besamanos, Rosas tuvo la idea de hacer por él lo que la señora Dubarry hizo con su negro Zamora en igual ocasion.

Eusebio, en fin, vestido de gobernador recibió los homenajes de las autoridades en representacion de su amo.

A pesar de la amistad que tenia Rosas á su mulato, le hizo representar en cierta ocasion una *farsa*, farsa salvaje como todas las que el dictador inventaba. Fingió que acababa de descubrirse una conspiracion en que Eusebio aparecia como el principal jefe. Eusebio fué encarcelado sin tenerse en cuenta sus protestas de lealtad. Mas Rosas tenia sus jefes especiales para estas y otras ocasiones diferentes que no se paraban en si el acusado era ó no culpable. Así Eusebio fué sentenciado á la pena capital.

Eusebio fué puesto en capilla, se confesó, y conducido al lugar del suplicio encontró allí al verdugo preparado con sus terribles auxiliares á darle el pasaporte para el otro mundo. En este estado, y como el dios de la tragedia antigua, apareció Rosas publicando en alta voz que su hija Manuelita, estando enamorada de él y queriendo celebrar su matrimonio, le hacia gracia de la vida.

Inútil será decir que Eusebio, si no murió en las

manos del verdugo, estuvo á punto de espirar de sobresalto y miedo.

Hemos pronunciado el nombre de Manuelita, y dicho que era la hija de Rosas. Ahora diremos á nuestros lectores lo que como mujer es esta Manuelita, que la Providencia colocó al lado de su padre durante los bellos dias de su vida para repetir la palabra gracia, que obtenia alguna vez por fortuna de los pobres en cuyo favor la pedia.

Manuelita es hoy una mujer de 40 años, que, por amor á su padre ó por la mision que habia recibido del cielo, no se ha casado, ó al menos no se habia casado aun en 1850 en que la perdimos de vista.

Manuelita no era una mujer bella; era aun mas: persona encantadora, rostro y maneras distinguidas, coqueta como una europea, y preocupada sobre todo del efecto que produciria en el extranjero.

Ha sido calumniada, y esto era natural: hija de Rosas, ó del hombre en quien convergían todos los aborrecimientos, se la acusó de haber heredado los crueles instintos de su padre.

Empero, no es así: Manuelita quedó soltera porque Rosas sentia de vez en cuando la necesidad de ser amado, y sabia que el solo amor real é incomparable con que podia contar, era en el amor de su hija, y porque en sus sueños de soberanía, Rosas,

hoy perdido en un rincon de Inglaterra, veia en el fondo de su corazon una alianza mas aristocrática para su Manuelita.

Si la historia debe mostrarse severa respecto de Rosas, á menos de ser injusta, debe ser tambien dulce, equitativa ó imparcial respecto á Manuelita. Esto que aquí decimos es perfectamente notorio en el nuevo mundo, donde nadie ignora que esta mujer ha sido siempre un dique constante, aunque alguna vez impotente, donde se estrellaba la cólera de su padre, transformándose en benignidad. Mientras era niña tenia una maña particular para obtener todas las gracias que imploraba: hacia casi ponerse desnudo al mulato Eusebio, y le hacia ponerse la brida y la silla como á un caballo; poníase las espuelas del gaucho, y puesto á cuatro piés el mulato, Manuelita montaba sobre él, presentándose así en el salon de su padre, á cuya vista hacia dár vueltas á su bucéfalo humano. Al contemplar esta singular escena, Rosas reia como un frenético bufon, y otorgaba á Manuelita la gracia que le pedia.

Luego, cuando comprendió que no podia emplear este medio, por eficaz que fuera, se dedicó á hacer cerca del dictador el papel que hacia Mecenas cerca de Augusto, cuando echó sus tablillas sobre las cuales habia escrito: *¡Surge, carnifex!* Empero

Manuelita lo hacia de otro modo. Conociendo ella á su padre mejor que nadie, y sabiendo del modo que debia halagar sus vanidades, contemporizaba, solicitaba, y algunas veces, como otra hermana de caridad, bendecida del Señor, obtenia lo que solicitaba.

Manuelita era á la vez la reina y la esclava del hogar doméstico. Gobernando la casa, cuidando á su padre, y, encargada de todas las relaciones diplomáticas, era ella el verdadero ministro de negocios extranjeros de Buenos Aires.

En suma, lo mismo que Rosas era un ser á parte, que no tocaba nada y no se confundia con nadie en la sociedad; Manuelita, mas tarde Manuela, era una criatura no solamente extraña en medio de todos, sino extranjera á todos, y que vivia solitaria en este mundo, lejos del amor de los hombres, fuera de la simpatía de las mujeres.

Rosas tenia además un hijo llamado Juan, pero nunca se mezcló en la política de su padre.

Tambien tenia entonces una hija muy niña, que hoy es casta esposa, madre feliz, llevando, en la persona de su marido, un nombre muy honroso y honrado.

Una vez en el poder, la grande obra de Rosas fué la de acabar con la federacion.

Lopez, el fundador de la federacion, cayó enfermo: hizole venir Rosas á Buenos Aires, y lo cuidó en su casa.

Lopez murió envenenado.

Quiroga, jefe de la federacion, salido victorioso en veinte batallas mas encarnizadas las unas que las otras, su valor ha pasado en ejemplo, y su lealtad en proverbio.

Quiroga murió asesinado.

Cullen, ese consejo de la federacion, era gobernador de Santa Fe. Rosas le improvisó una revolucion, y Cullen fué entregado á Rosas por el gobernador de Santiago.

Cullen fué fusilado.

Todo lo que hay de notable en el partido federal tuvo la misma suerte que lo que habia de notable en Italia en los tiempos de Borgia. Poco á poco, empleando Rosas los mismos medios que César, consiguió reinar en la República Argentina, la cual, aunque reducida á una perfecta unidad, conservó sin embago el pomposo título de federacion, y, lo que hay de extravagante, va á ser enemigo de los *unitarios*.

Digamos pues algunos palabras de los hombres que acabamos de citar, y hagamos revivir sus espectros acusadores. Esto semejará en algo á la

escena de Shakespeare en *Ricardo III* antes de la batalla.

Hay desde luego en todos estos hombres un sabor de salvajería primitiva que merece ser conocida.

Hemos principado por el general Lopez. Una sola anécdota dará no solamente una idea de este jefe, sino tambien de los hombres con quienes él tenia que habérselas.

Lopez era gobernador de Santa Fe, y tenia en el Entre Rios un enemigo personal, el coronel Ovando. Este último, á consecuencia de una revuelta, fué conducido prisionero al general Lopez.

Hallábase este almorzando, y lo recibió muy bien convidándole á que se sentara en mesa. La conversacion entre ambos era la misma que la de entre dos convidados á los cuales una igualdad de condicion hubiera mandado la mas perfecta y la mas igual cortesanía.

Sin embargo, á la mitad del almuerzo, Lopez se interrumpió de repente.

— Coronel, dijo, si yo hubiera caido en vuestro poder, como usted ha caido en el mio, y esto en el momento de estar almorzando, ¿qué hubierais hecho?

— Os hubiera convidado á almorzar como lo habeis hecho conmigo.

— Bien, ¿y despues?

— Luego os hubiera hecho fusilar.

— Me alegro que piense usted así, porque esa es mi intencion. Cuando salgamos de mesa será usted fusilado.

— ¿Debo levantarme en seguida ó despues de haber concluido de almorzar?

— ¡Oh! acabe, coronel, acabe; no tenemos prisa.

Se continuó pues el almuerzo. Tomaron el café y los licores y despues de haber concluido:

— Creo que ya es tiempo, dijo Ovando.

— Doy á usted las gracias de no haber esperado á que yo se lo dijera, respondió Lopez.

Despues, llamando á su planton:

— ¿Está formado el piquete? le preguntó.

— Sí señor, mi general, respondió el planton.

Entonces, volviéndose hácia Ovando:

— A Dios, coronel, le dijo.

— No, á Dios; hasta la vista, respondió este: no se vive mucho tiempo en la clase de guerra que nosotros hacemos.

Y, saludando á Lopez, se salió. Cinco minutos despues, una descarga en la misma puerta de Lopez le anunció que el coronel Ovando habia cesado de existir.

Pasemos á Quiroga.

Este es mas conocido de nosotros. — Cuando su reputacion atravesó los mares, tuvo su eco en París.

— La moda se aprovechó de su nombre: desde 1820 hasta 1823 se usaron las capas á la Quiroga y los sombreros á lo Bolívar; es probable que ni el uno ni el otro no llevó jamás ni la capa ni el sombrero que sus adoradores adoptaron á dos mil leguas de él.

Quiroga era tambien, como Rosas, un hombre del campo. En su juventud sirvió en la clase de sarjento en el ejército de línea contra los Españoles. — Retirado en la Rioja, de donde era natural, tomó parte en los partidos internos, se hizo el dueño de su país, y cuando hubo llegado á este primer grado de poder, se arrojó en la lucha de las diferentes facciones de la república, y en esta lucha se reveló por la primera vez á la América.

Al cabo de un año, Quiroga fué la espada del partido federal. — Jamás hombre alguno ha obtenido semejantes resultados por la simple aplicacion del valor personal. — Su nombre llegó á tener un prestigio que valia tanto como los ejércitos.

Su grande táctica en el combate era de llamar hácia los mas grandes peligros, y cuando habia conseguido esto, echaba su grito de guerra, y enris-

trando su larga lanza, que era su arma de predileccion, los corazones valientes hacian entonces conocimiento con el temor.

Quiroga era cruel, ó mas bien feroz; pero en su ferocidad habia siempre algo de grande y de generoso. — Era la ferocidad del leon, y no la del tigre.

Cuando el coronel Pringles, uno de sus mas grandes enemigos, fué hecho prisionero y asesinado, despues de haberse rendido; el que lo asesinó, que servia bajo las órdenes de Quiroga, se presentó á él, creyendo haber ganado una buena recompensa.

Quiroga le dejó relatar su crimen, y en seguida lo hizo fusilar.

En otra ocasion, su gente hizo prisioneros á dos oficiales enemigos, y acordándose de la muerte de su compañero, se los presentaron vivos. — Les ofreció si querian abandonar su bandera y servir bajo sus órdenes.

El uno de ellos aceptó, el otro rehusó.

— Está muy bien, dijo Quiroga al que aceptó, — montemos á caballo y vamos á fusilar su camarada.

Este, sin hacer ninguna observacion, se apresuró á obedecer, y fué hablando todo el camino con Quiroga, de quien pensaba ya ser su ayudante de cam-

po, mientras que su camarada, escoltado por un piquete con las armas cargadas, marchaba tranquilo á la muerte.

Llegado al lugar de la ejecucion, ordenó al oficial que no quiso ser traidor á su partido que se arrodillase; — pero, despues de haber dado la voz: *preparen armas!* se paró.

— Vamos, dijo al que se creia ya muerto, usted es un bravo. — Tome el caballo del señor, y parta.

Y él designaba el caballo del perjuro.

— ¿Pero y yo? preguntó este.

— Tú, respondió Quiroga, tú no tienes ya necesidad de caballo, pues vas á morir.

Empero á pesar de las súplicas que le dirigia en favor de su camarada el que le habia salvado la vida, lo hizo fusilar.

Quiroga no fué vencido nunca mas que una sola vez, y esta por el general Paz, el Fabio americano, hombre virtuoso y puro si hubo uno. — Dos veces derrotó completamente el ejército de Quiroga en las terribles batallas de la Tablada y de Oncativo. Este era un buen espectáculo para las jóvenes repúblicas que apenas salian de la tierra, vieron el arte, la táctica y la estratagema en lucha contra el valor indomable y la voluntad de hierro de Quiroga. — Empero una vez el general Paz fué hecho prisione-

ro, á cien pasos de su ejército, de un tiro de Bolas que se enredaron entre las piernas de su caballo. Quiroga fué invencible.

Concluida la guerra entre el partido unitario y el partido federal, Quiroga emprendió un viaje á las provincias del interior. Pero al regresar de este viaje fué acometido en Basementaco por unos treinta asesinos que hicieron fuego á su coche. Quiroga estaba enfermo, iba echado y una bala lo hirió en el pecho. Aunque herido mortalmente, se levantó ensangrentado, y abrió la puertecilla del coche.

Viendo al héroe levantado, aunque ya cadáver, escaparon los asesinos. Empero su jefe, Santos Perez, marchó derecho á Quiroga, y como este habia caido arrodillado, acabó con él.

Entonces volvieron los asesinos y concluyeron la obra comenzada. Fueron estos los hermanos Renafe, que mandaban en Córdoba, los que dirigian esta expedicion de acuerdo con Rosas. Empero Rosas tuvo buen cuidado de hallarse lejos para no ser visto. Desde entonces pudo tomar el partido del que él habia hecho asesinar, y perseguir á los asesinos.

Fueron pues cogidos y fusilados.

Queda Cullen.

Cullen, natural de España, se estableció en la ciudad de Santa Fe, donde trabó amistad con Lopez,

y fué su ministro y director de su política. La inmensa influencia que tuvo Lopez en toda la República Argentina, desde 1820 hasta que murió en 1833, hizo de Cullen un personaje de una extrema importancia. Cuando en los días de la desgracia Rosas, proscrito, emigró á Santa Fe, recibió de Cullen toda especie de favores; pero esos favores no pudieron hacer olvidar al futuro dictador que Cullen era uno de los hombres que querían poner fin á su reino arbitrario en la República Argentina. Sin embargo, supo ocultar su malevolencia bajo apariencias de la mas grande amistad hácia Cullen.

A la muerte de Lopez, Cullen fué nombrado gobernador de Santa Fe, y se dedicó á establecer mejoras en la provincia; al mismo tiempo, en lugar de mostrarse el enemigo del bloqueo francés, no ocultó sus simpatías por la Francia, considerando que el poder de esta era un grande apoyo para sus ideas civilizadoras. Entonces Rosas le suscitó una revolucion que él apoyó públicamente con cierto número de tropas. Cullen, vencido, se refugió en la provincia de Santiago del Estero, que mandaba su amigo, el gobernador Harra. Rosas, que, al paso que destruía la federacion, había ya declarado á Cullen *salvaje unitario*, entabló negociaciones con

Harra, á fin de que le entregara la persona de Cullen.

Durante mucho tiempo se frustraron esas negociaciones, y Cullen, con las seguridades de su amigo Harra, que juraba que jamás lo entregaria, se creía fuera de todo peligro, y cuando él menos pensaba, fué hecho preso por los soldados de Harra, y conducido á Rosas, quien cuando recibió el aviso, mandó una orden para que lo fusilaran en la mitad del camino, porque, decia él en una carta que dirigió al gobernador de Santa Fe, que había sucedido á Cullen, *su causa la formaban sus crímenes, que estaban ya al alcance de todo el mundo.*

Cullen era un hombre de una sociedad agradable y de un carácter humano. La influencia que tenía con Lopez, la empleó siempre para impedir toda clase de rigor; y fué en razon de esa influencia que el general Lopez, á pesar de las súplicas de Rosas, no permitió que se fusilara uno solo de los prisioneros que se hicieron durante la campaña de 1831, campaña que puso en su poder los jefes mas importantes del partido unitario.

Sin embargo, Cullen tenía los afueras de la civilizacion; pero su instruccion era superficial, y su talento mediano.

Así fué que Rosas, el único hombre acaso que no

tuvo ninguna gloria militar entre los jefes del partido federal, se desembarazó de los campeones de este partido; desde entonces quedó el solo hombre importante de la República Argentina, al mismo tiempo que era el dueño absoluto de Buenos Aires.

Entonces Rosas, llegado á la omnipotencia dictatorial, comenzó á vengarse de las clases elevadas, que durante mucho tiempo lo habian despreciado. En medio de los hombres mas aristocráticos y los mas elegantes, se hacia él ver muy á menudo con chaqueta puesta ó sin corbatin, daba bailes presididos por él, su mujer y su hija, y á los cuales, con exclusion de todo cuanto habia de distinguido en Buenos Aires, convidaba á los carreteros, carniceros y á toda la hez de la ciudad.

Un dia abrió el baile con una esclava, y Manue-lita con un gitano.

Empero no fué solo de esta manera que castigó á la fiera ciudad; proclamó además este principio terrible:

« El que no es conmigo está contra mí. »

Desde entonces, todo el que no le placia fué calificado de *salvaje unitario*, y una vez que Rosas designaba á un hombre con ese nombre, ya no tenia derecho ni á la libertad, ni á la propiedad, ni á la vida, ni al honor.

A esta sociedad de Mas-Horca estaban afiliados por orden superior: el jefe de policía, los jueces de paz, y todos los que debian vigilar por la seguridad pública; de manera que, cuando se les antojaba á estos individuos entrar en una casa para robarla ó asesinar al ciudadano que estaba excluido de los derechos civiles por la ley de Rosas, bien podia llamar á su socorro, que nadie acudiría. Estas violencias tenian lugar en medio del dia como por la noche.

¿Se quieren algunos ejemplos? Hélos aquí, enhorabuena. En nuestro país, el hecho sigue siempre inmediatamente á la acusacion.

La gente y en general los hombres de las casas principales de Buenos Aires tenian en esta época la costumbre de llevar la barba como un collar en derredor de toda la cara. Empero so pretexto que la configuracion de la barba representaba así la letra U, que quiere decir unitario, Mas-Horca se apoderaba de estos desgraciados y los afeitaba con navajas mal afiladas, de manera que la barba caia con la piel. En seguida abandonaba la víctima á los insultos del mas bajo populacho, que reunia la singularidad del espectáculo, y que ejercia su brutalidad hasta acabar con el desgraciado.

Las mujeres principiaron por entonces á llevar en

la cabeza una cinta encarnada conocida con el nombre de *mano*. Cierta dia Mas-Horca se constituyó en el umbral de las iglesias principales, y aplicaba á las mujeres que no la llevaban una con pez hirviendo.

Además no era extraordinario el ver á una mujer despojada de sus vestidos y apaleada en medio de la calle, por el solo crimen de llevar un pañuelo, unas enaguas de color blanco ó verde. Lo mismo sucedía á los hombres de la mayor distincion, pues bastaba para que corriesen graves peligros el que saliesen en público con un fraque ó una corbata.

A la vez que las personas pertenecientes á las clases elevadas señaladas antes sin duda alguna, eran perseguidas de una manera oculta, pero sabida de todos, se encarcelaba á los ciudadanos cuyas opiniones no estaban en armonía no solamente con las del dictador, sino con las desconocidas de una política futura. Nadie conocía el crimen por que era perseguido; y así como el delito quedaba ignorado, el juicio se declaraba inútil, de manera que para dejar lugar á los presos de mañana, los de ayer eran fusilados cruelmente, en medio de las tinieblas de la noche. Toda la ciudad, despertada de sobresalto al estampido del fusil, lloraba las víctimas inocentes inmoladas por el capricho de un tirano, y temía

igual suerte á la experimentada por los desgraciados que lamentaban.

Por la mañana, los carreteros de la policía recogían los cadáveres de los hombres asesinados por la noche en las calles y los de los fusilados en las cárceles, y los conducían todos á un foso, donde se les arrojaba como á perros sin permitir á sus familias ir á reconocerlos para hacerles los funerales.

Mas no era esto todo; los carreteros que conducían estos restos desgraciados anunciaban su venida con atroces burlas que hacían cerrar las puertas y huir á la poblacion.

Muy luego el cálculo se unió con la barbarie, y la confiscacion con la muerte.

Rosas comprendió que el medio de conservar su poder era el crear intereses inseparables de los suyos, y al punto mostró una parte de la sociedad como la fortuna de la otra, diciéndola: « Esto es tuyo. »

Desde este momento quedó consumada la ruina de los antiguos propietarios de Buenos Aires, y elevadas las fortunas rápidas y escandalosas de los amigos de Rosas.

Lo que Neron, Domiciano ni otro tirano alguno había hecho, lo ejecutó Rosas: despues de haber dado la muerte al padre, prohibió al hijo el llevar luto. Esta disposicion se pregonó y fijó en los sitios

públicos. Sin ella todos los habitantes de la ciudad se hubieran vestido de negro luto.

Este despotismo atroz llamó en fin la atención de algunos extranjeros, y especialmente de los Franceses. Rosas, que creía que todo le era permitido hacia ellos, cansó la paciencia de Luis Felipe, y determinó el primer bloqueo francés.

Mas las clases elevadas de la sociedad comenzaron á emigrar á Montevideo. En vano la policía de Rosas redobló su vigilancia, y que una ley castigase el delito de emigración con la última pena, y que la ejecución de esta pena fuera acompañada de detalles atroces; el terror y odio que inspiraba Rosas eran aun mucho mas poderosos que los medios inventados por él para amedrentarlos. La emigración crecía cada hora, cada minuto. Para realizar la huida de toda una familia bastaba el encontrar una barca capaz de contenerla. Encontrada la barca, padre, madre, hijos, hermanos, criados se instalaban en ella como mejor podían, y abandonando fortuna y bienes, sin mas que lo puesto se encaminaban á la capital del Estado oriental.

Nadie por fortuna tuvo que arrepentirse de la confianza que habían puesto en la hospitalidad del pueblo oriental. Esta fué grande y generosa, como la de una república antigua, como debían esperarla de

un pueblo de hermanos mas bien que de amigos, que habían combatido bajo los mismos estandartes.

Los Argentinos hallaban al desembarcar á los habitantes de Montevideo, que se los repartían, tan luego como ponían pié á tierra, según la grandeza de las fortunas y habitaciones de cada uno de estos desconocidos á la par que benéficos protectores. Víveres, plata, ropas, todo se ponía á la disposición de los desgraciados, hasta que buenamente se crearan medios de subsistencia. Estos, reconocidos, se dedicaban luego al trabajo á fin de disminuir la carga que pesaba sobre sus bienhechores, y para que pudiesen acoger á otros fugitivos. Con este objeto todos trabajaban ennobleciendo así hasta los mas humildes trabajos tan opuestos con la posición social que antes disfrutaban.

Los nombres mas ilustres de la República Argentina figuraron en la emigración.

Lavalle, la mas brillante espada de su ejército; Florencio Varela, su mas bello talento; Agüero, uno de sus primeros hombres de Estado; Echaverría, el Lamartine del Plata; Vega, el Bayard del ejército de los Andes; Gutierrez, el chantre feliz de las glorias nacionales; Alsena, el gran abogado y el ilustre ciudadano, aparecían en el número de los emigrados, como Saenz, Valiente, Torres, Molinos, Ramos, Me-

gía, grandes propietarios, y el señor Rodríguez, viejo general de los ejércitos de la independencia y de los unitarios. Rosas perseguía igualmente al *unitario* como al *federal*, pues solo se preocupaba de desembarazarse de todos los que podían servir de obstáculo á su dictadura.

A la hospitalidad acordada á los hombres que él perseguía, debe atribuirse el encono de Rosas contra el Estado oriental.

En esta época, el general Fructuoso Rivera ejercía las funciones de presidente de la República.

Rivera, cuyo nombre acabamos de pronunciar, era un hombre del campo, como Quiroga y Rosas, pero sus instintos lo llevaban al campo de la civilización. Como militar, nadie ha excedido su valor; y como hombre de partido, su generosidad nadie la ha puesto en duda. Treinta y cinco años ha figurado en las escenas políticas de su país, y siempre ha corrido á las armas en el momento de pronunciarse la palabra: «Guerra al extranjero!»

Cuando la rebelión contra España comenzó, sacrificó toda su fortuna, pues para él era una necesidad irresistible el dar; pero no era generoso, pecaba de excesiva prodigalidad.

Mas así como era pródigo hacia los hombres, Dios lo era con él. Era un buen caballero en el sentido

mas lato de la palabra. Moreno, de elevada talla y de mirada penetrante, hablaba con gracia y arras-traba á sus interlocutores al círculo fascinador de un gesto que solo él sabía hacer. Era el hombre mas popular del Estado oriental, pero á la vez, debemos decirlo, el peor desorganizador de los recursos pecuniarios de un pueblo. Como habia comprometido su fortuna, así prodigó la de la nación, no para re-constituir sus bienes, sino porque, siendo hombre público, tuvo la desgracia de conservar las maneras y prodigalidades del hombre privado.

Empero en la época de que hablamos aun no se hacia sentir esta ruina. Rivera comenzaba su presidencia rodeado de los hombres mas eminentes de su país: Obez, Herrera, Vazquez, Alvarez, Ellauri, Luis (E. Perez) eran realmente los directores de su gobierno. Con estos hombres, todo lo que era progreso, libertad y prosperidad se aseguraba en la nación.

Obez, principal amigo de Rivera, tenia el carácter de un hombre antiguo; su patriotismo y sus talentos eminentes lo colocaban en el número de los grandes hombres de América. Fué una de las primeras víctimas de Rosas: murió en el Estado oriental hallándose emigrado.

Luis (Eduardo Perez) era el Aristides de Montevi-

deo : republicano severo, patriota exaltado, consagró su larga existencia á la virtud, á la libertad y á su país.

Vazquez, hombre de talento y de instruccion, comenzó á servir á su patria en el sitio de Montevideo en la guerra contra España, y concluyó su carrera durante el sitio contra Rosas.

Herrera, Alvarez y Ellauri, cuñados de Obez, rivalizaron en grandeza y patriotismo con los precedentes personajes, y pertenecieron al Estado oriental y á la causa americana en general como defensores adictos y desinteresados.

Por eso pues sus nombres resuenan en la vasta tierra de Colon, que se extiende desde el cabo de Hornos hasta el estrecho de Barrow.

MANUEL ORIBE.

La presidencia de Rivera concluyó en 1834. Sucedióle el general Manuel Oribe por la influencia del mismo Rivera, que contaba tener en él un amigo y un continuador de su sistema. Efectivamente, Oribe ascendió á general por influencia de Rivera, cuyo ministro de la guerra habia sido.

Oribe pertenecía á las primeras familias del país.

Combatió en favor de su independencia y se distinguió siempre por su valor personal. Su espíritu era débil, y su inteligencia mas que mediana, circunstancias que explican su alianza con Rosas, á quien se dió enteramente, sin considerar que esta alianza arrastraba con ella la pérdida de esta misma independencia, por la que tantas veces habia combatido.

Como general, su incapacidad era completa. Sus pasiones tenian la violencia de las organizaciones nerviosas, y lo conducian á excesos de crueldad. Como particular era un hombre de bien.

Considerado como administrador, fué mucho mas económico que Rivera, y sin poder reprochársele el haber aumentado el déficit del Tesoro público, á él sin embargo pertenece la responsabilidad de la ruina del Estado oriental. Olvidando que para ser hombre de partido no basta el quererlo ser, desertó el partido nacional que tenia á Rivera por jefe. Quiso formarse un partido, excitó la desconfianza del país, y espantado de su debilidad, se entregó á Rosas. Aunque este tratado quedó secreto, el país lo adivinó al ver las hostilidades del gobierno contra la emigracion argentina; y como nada habia mas opuesto á la opinion pública que el sistema de Rosas, la nacion siguió al general Rivera, en el mo-

mento que en 1836 se puso á la cabeza de una revolucion contra Oribe.

A pesar de esta casi unanimidad que le amenazaba, Oribe resistió hasta 1838.

Oribe descendió de la presidencia por medio de una renuncia formal hecha ante las cámaras, y con permiso de estas se retiró al extranjero.

Empero, tan luego como salió del país, Rosas le hizo protestar contra esta renuncia, y por cierto, cosa que nunca se habia visto en América, lo reconoció como jefe del gobierno de un país del cual él mismo habia sido arrojado. Era lo mismo que si Luis Felipe hubiera nombrado desde Clermont un lugarteniente para la República francesa.

En Montevideo, tomaron por risa esta excentricidad del dictador. Empero él se preparó, durante ese tiempo, á hacer cambiar la risa en lágrimas.

La consecuencia natural de la conducta de Rosas fué la guerra entre las dos naciones.

Esta guerra fué terrible.

Algunos de nuestros periódicos, pagados por Rosas, dijeron que *el ilustre y virtuoso* Oribe era á la vez general y verdugo.

Despojemos algunas páginas de esas tablillas de sangre, publicadas por *la América del Sur*, y sobre las cuales, como una madre lastimera en el pre-

Volvamos á Rosas.

El coronel Letellaz fué muerto; le cortaron la cabeza y se la presentaron á Rosas.

Rosas estuvo tres dias seguidos rodando esta cabeza con su pié, escupiéndola. Cuando recibió la noticia que otro coronel, hermano de armas de este, habia sido hecho prisionero, su primer movimiento fué de hacerlo fusilar, pero cambió de pensar; en vez de condenarlo á muerte, lo condenó al tormento; el prisionero, durante tres dias consecutivos, tendrá esa cabeza expuesta delante de su vista, sobre una mesa.

Rosas hizo fusilar una porción de prisioneros del general Paz, en medio de la plaza de San Nicolás.

Hallábase entre los prisioneros el coronel Vedela, antiguo gobernador de San Luis; en el momento del suplicio, su hijo se echó en sus brazos:

— Fusilar á los dos, dijo Rosas.

Y el hijo y el padre cayeron muertos abrazados.

En 1832, Rosas hizo conducir á una plaza de Buenos Aires ochenta prisioneros indios, y en medio del día y á la vista de todos los hizo degollar á bayonetazos.

Camila O'Gorman, doncella de diez y ocho años, hija de una de las primeras familias de Buenos Aires, es seducida por un jóven abate de veinte y

cuatro años. Salieron juntos de Buenos Aires y se refugiaron en un pueblo de Corrientes, donde diciéndose casados abrieron una escuela de educación primaria. Corrientes cayó en poder de Rosas. Reconocidos por un sacerdote y delatados á Rosas, el fugitivo y su compañera fueron conducidos á Buenos Aires, donde, sin formación de causa, Rosas ordenó que fueran fusilados.

Empero, se le dijo á Rosas que Camila O'Gorman estaba en cinta de ocho meses.

— Que le bauticen el vientre, dijo Rosas, que como buen cristiano, queria salvar el alma de la criatura.

Bautizado el vientre de Camila O'Gorman, fué fusilada luego.

Tres balas atravesaron el brazo de la desgraciada madre, que por un movimiento de instinto los habia extendido para proteger á su hijo.

¿Cómo es que la Francia se haga amigos como Rosas y enemigos como Garibaldi?

En efecto, el tratado de 1840, firmado por el almirante Mackau, y que lleva su nombre, constituyó el poder de Rosas, dejando la república Oriental empeñada sola en la lucha.

Entonces fué cuando apareció Garibaldi de vuelta de Rio Grande.

En el número de los prisioneros se halla el general don Juan Apóstol Martínez.

Leed este fragmento de una carta de Oribe :

« Cuartel general de Banancas de Cosonda ,
17 de abril de 1842.

» Treinta y tantos muertos y algunos prisioneros, y ayer se *le cortó la cabeza* al pretendido salvaje *Juan Apóstol Martínez*.

« Firmado : MANUEL ORIBE. »

Si la *Gaceta mercantil* se halla aun en vuestro poder, abridla, y en el n.º 5903, fecha 20 de setiembre de 1842, hallaréis un parte oficial de Manuel Antonio Saravea, empleado en el ejército de Oribe.

Este parte contiene una lista de diez y siete individuos, y un comandante y un capitán, que fueron hechos prisioneros en Numayan, y *fueron fusilados*.

Volvamos al *ilustre y virtuoso* Oribe, n.º 3007 del *Diario de la Tarde*.

« Cuartel general de Ceibal, 14 de
setiembre de 1841.

» Entre los prisioneros se ha hallado al traidor salvaje unitario ex-coronel Facundo Bosda, quien